LA ALEGRÍA DEL EVANGELIO... ¡ES UNA ALEGRÍA MISIONERA!

«*La alegría del Evangelio que llena la vida de la comunidad de los discípulos es una alegría misionera*» (EG 21). Esta breve afirmación del Papa Francisco es plena de significado porque pone en evidencia la concatenación estrecha de cuatro elementos que giran en torno a la alegría: el Evangelio, el discipulado, la comunidad y la misión. El Papa Francisco no tiene temor de decir que la alegría del Evangelio abarca toda la vida cristiana. La alegría bebe en la fuente del Evangelio, sube sobre las montañas del discipulado, parte el pan de la fraternidad, corre por los caminos del mundo. El Papa Francisco añade poco después: «La alegría tiene siempre la dinámica del éxodo, del don, del salir de sí, del caminar y del sembrar siempre de nuevo, siempre más allá». Por lo tanto, cuando viene a faltar *el vino de la alegría* se hace urgente el discernimiento. ¿Qué es lo que falta? ¿Falta la profundidad del Evangelio? ¿Falta un vivo y radical seguimiento? ¿Falta una vida comunitaria plena y digna de ser vivida? ¿Falta la valentía de recorrer los senderos de la historia para llegar a las periferias del mundo? En ausencia de la alegría, una de las cuatro dimensiones no funciona. La alegría no es un sentimiento vacío, pura sensación eufórica, abstracta y sin contenido. Al contrario, aunque sólo sobre el plano humano la alegría es la respuesta a la búsqueda de sentido; somos contentos porque ha ocurrido algo de importante para la propia vida, porque un cierto deseo se ha cumplido.

Pero lo que el Papa Francisco tiende a precisar es que la alegría no debe ser buscada por sí misma. Si así fuera se disolvería como la nieve al sol. La alegría es un resultado, mejor aún, es un fruto de la vida mística de cada bautizado, es decir "de la vida escondida en Cristo y generada por el Espíritu". La alegría del Evangelio viene de lo Alto, y el cristiano es aquel que intuye, contempla y se alegra por la acción de Dios en su vida y en la historia. Pero el hombre solo no puede gustar la alegría, no puede alcanzarla. Ésta es una verdad cruda. Tiene necesidad del Evangelio. El Evangelio es la única llave que puede abrir el misterio de la existencia humana, y la verdadera alegría pertenece solamente al mundo del Evangelio. Para los idiomas del hombre la alegría es sentimiento de plena y viva satisfacción del alma y es parte de la vida humana como sensación. Para el Evangelio en cambio la situación se invierte.

La palabra "alegría" en el Nuevo Testamento está expresada por el vocablo *chará* y está en estrecha relación con *cháris*, es decir "gracia". La alegría depende de la gracia y la gracia viene de Dios. De hecho, el Evangelio se llama alegría: "la presencia de Dios en los hombres". Alegrarse quiere decir apropiarse de aquel *Bien* que viene a nuestro encuentro para salvarnos. También el sufrimiento puede ser habitado por la alegría porque el sufrimiento por amor está habitado por Dios.

El beato Santiago Alberione ha indicado con extrema claridad dos dinamismos necesarios de la alegría como los binarios del tren: el mariano y el paulino. El dinamismo mariano es aquel del discípulo que se pone en escucha de la Palabra con la misma actitud de Maria, y el dinamismo paulino es aquel de la comunidad misionera de los discípulos, que lleva la Palabra escuchada al máximo de la coparticipación. Para Maria la escucha de la Palabra se convierte en Jesús y para Pablo se convierte en anuncio gozoso del Señor resucitado.

La alegría del discípulo es humilde y mansa, valiente y de frontera, profundamente consciente de que todo es gracia y que la gracia vale más que la vida. Una Iglesia gozosa es siempre una Iglesia "en salida" que sabe ir donde ninguno va, que sabe ver lo que otros no ven, que sabe anunciar lo que otros no dicen.

Francesca Pratillo, fsp